

habian escapado huyendo del tumulto por el otro lado de la calleja que salia al campo.

Ya sabemos que la dama era la Palomilla.

Los dos caballeros que habian escapado con sus escuderos, sin duda por no ser reconocidos, eran el rey y su tío el infante don Juan.

El chubasco les habia cogido fuera ya de la casa, cuya puerta habia cerrado Ben-Tayde y no habia podido recogerse á ella.

Como doña Juana no habia podido volver á Valladolid, por haberla alcanzado fuera el toque de cubre fuego, tampoco pudieron entrar el rey y el infante, que se quedaron en el campo sin saber qué hacerse, si volver á la casa consabida ó hacerse abrir las puertas de la villa.

## CAPITULO X.

DE CÓMO EL INFANTE DON JUAN HUYÓ DE UN MUERTO Á QUIEN SIGUIÓ EL REY.

### I.

—¿Qué es esto, don Juan? dijo el rey, que estaba fuertemente contrariado, alejándose con su tío á buen paso por entre las huertas que rodeaban el arrabal. ¿Qué hacen mis merinos, mis alcaldes, que así consienten estos escándalos?

Habia allí medio mundo de gente perdida.

—Señor, contestó el infante: esta es la mala espuma de las córtes. Valladolid es una villa muy populosa, y á mas de esto, tiene Universidad y mas de veinte conventos, que atraen gran número de hampones, toda gente alegre y de mal vivir.

—Pues necesario será limpiar á este arrabal de esa inmundicia, si es que hemos de volver á él. ¿Sabeis, mi buen tío, que hemos estado á punto de que esos pícaros nos cojan en medio y nos arrastren consigo? ¿Qué habrá sido de doña Juana?

—Qué se yo, don Fernando, qué se yo, dijo el infante, que

estaba de muy mal humor, temiendo que aquello hubiese sido el resultado de una intriga.

—De seguro, doña Juana no ha podido volver á Valladolid, porque no ha tenido tiempo de llegar á él desde que sucedió ese tumulto hasta que sonó el toque de queda. Debe de andar perdida por esos campos.

—Doña Juana no se pierde tan fácilmente, dijo el infante; y además, va resguardándola gente brava.

—¿Y qué gente brava basta contra aquellos furiosos? dijo el rey. ¿No oíais cómo gritaban, cómo aullaban, cómo rugían?

—Gente alegre, y no mas que gente alegre, señor.

—No importa, dijo el rey; es necesario enviar á Benavides, á fin de que vea si está entre esa gente alegre doña Juana.

—Como queráis, señor, dijo el infante.

Y haciéndose un tanto atrás, se volvió al grupo de hombres armados que seguían al rey, y dijo:

—Venid acá, señor Juan Alfonso de Benavides.

## II.

De entre aquellos hombres, salió otro que se acercó al infante.

—Id, le dijo este, y ved si por acaso, detenida entre esos pícaros que se divierten en el arrabal, está doña Juana.

—Os advierto, señor infante, dijo Benavides, que yo no me meto solo entre esos desalmados, porque me harán pagar la costa sabe Dios cómo; es gente que no teme ni á Dios ni al rey.

—Llevad con vos seis hombres.

—Aun así es poco; será necesario inventar alguna razon para meterse entre ellos.

—Pues inventadla en buen hora, Benavides, y cumplid con lo que el rey manda, y tened en cuenta que alguna vez se ha de esponer algo por el Señor que de continuo nos honra y nos favorece.

—Tiene vuesa merced razon, señor infante, dijo Benavides; y allá voy, suceda lo que quiera.

Y no de muy buen talante, se alejó, llevándose consigo seis hombres de los de la escolta del rey.

## III.

El infante volvió, donde al pié de un copudo árbol esperaba el rey don Fernando el IV.

—¿Sabeis lo que pienso, mi buen tio? dijo el rey.

—¿Y qué pensais, señor? contestó suavemente el infante, que adulaba cuanto podia á su sobrino.

—Pienso que no es decente que nos andemos vagando por el campo y trasnochando, ni decente tampoco que vayamos á llamar á la puerta de Nuestra Señora, que no nos abrirían sino dando nuestro nombre; se rompería el incógnito, se murmuraría de vos: esto no puede, no debe ser, y mientras habeis estado hablando con Benavides, se me ha ocurrido un medio.

—¿Y cuál, señor? Siempre será tan bueno como pensado por vos, dijo el infante.

—Mirad, tio, contestó el jóven rey: á dos tiros de ballesta de este sitio, está la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y un poco mas allá, el campo cerrado de esos capitanes aventureros incógnitos, que se han puesto de una manera tan estraña y tan sin que los paguemos, á nuestro servicio.

—Y bien, dijo el infante.

—Paréceme, que á quien con tanta lealtad y tanto desinterés se ha prestado á servirnos, podemos confiar sin recelo las personas del rey y de un infante de Castilla.

—Me parece lo mismo, señor, contestó el infante; pero á propósito de esa compañía franca, ¿qué juzgais del incógnito de sus capitanes?

—A fé que no lo sé, ni es fácil dar con ello; porque si tan leales son, ¿por qué no muestran el rostro para que los recompensemos.

—Yo creo que la señora reina vuestra madre y mi hermana, conoce por lo menos á uno de ellos.

—¿A cuál, tío?

—Al caballero del Aguila Roja.

—¿Y de qué sacais eso?

—De que vuestra señora madre miraba de una manera singular á aquel caballero, como quien queria reconocerle.

—Pues si le queria reconocer, no le conocia, ó por lo menos, no tenia seguridad de quién fuese, dijo el rey; y esto echa por tierra lo que se dice de que la reina mi señora paga de su peculio esa compañía franca, y que si sus capitanes se encubren es para que no se sepa que son antiguos servidores de la reina.

—¿Quién sabe quiénes serán? Lo que yo sé deciros en confianza, es que la mirada fija á través de su antifaz en mí del enlutado caballero Sin nombre, me causó una sensacion que no podria explicaros sino diciéndoos que me pareció experimentar algo de lo que sentiria un hombre á quien mirase un alma del otro mundo.

—¿Por aparecidos teneis á esos dos capitanes encubiertos? dijo con un acento singular el rey, acento en que se notaba una sombra de pavor.

—No afirmo que sean almas del otro mundo, pero sí que son personas á quienes conozco mucho, porque ellas mucho me conocen: la manera que tenian de mirarme, no me deja duda.

—¿Y creéis que podemos correr algun peligro poniéndonos en manos de esa gente?

—Creo, por el contrario, que son lealísimos servidores vuestros y muy obligados á la reina.

—Páreceme que se acerca alguien, tío.

—Sin duda es Benavides que vuelve; veamos: ¡hola, Benavides! ¿sois vos? añadió don Juan dirigiéndose á un bulto que se acercaba.

—Sí, señor infante, soy yo, contestó Benavides acercándose.

## IV.

—Y bien, ¿qué noticias traéis de doña Juana de Lara? dijo el rey.

—He entrado en una especie de infierno en que se divierten ruidosamente una multitud de diablos y de diabras; me ha sido forzoso empezar por darles un florin para que no se desmandasen y me hiciesen pagar de mala manera el piso; he preguntado despues, y me han dicho que una que parecia dama por su traje y por el acompañamiento que llevaba, se habia ido escoltada por algunos hombres de armas de un capitán enmascarado que llevaba sobre la sobrevesta un pájaro rojo: item mas: me han dicho que el caballero del pájaro se llevó consigo á otros dos caballeros muy galanos, que con sus respectivos escuderos se habian metido riñendo en la calle de Mari-Ponce.

—Bien, dijo el rey; razon mas para que vayamos al campo cerrado del caballero del Aguila Roja. Id vos delante, Benavides; llegad á la poterna de ese campo, llamad y decid á la guarda que un camarero del rey quiere hablar con el caballero del Aguila Roja.

Benavides tiró para adelante.

El rey y don Juan siguieron escoltados á lo largo por algunos hombres.

## V.

—Esperemos aquí, dijo el rey cuando hubieron llegado á la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

Se habian detenido cabalmente por la parte de la ábside, junto á la puerta secreta de la mina, por donde se penetraba en el alcázar mayor.

Apenas se habian detenido, se oyó un ligero rechinamiento. Como comprenderán nuestros lectores, aquel rechinamiento le habia causado al abrir la puerta secreta el conde don Lope, que volvia de su grave entrevista con la reina.

El infante don Juan y el rey se volvieron.

Estaban tan próximos, que á pesar de lo oscuro de la noche, vieron una abertura mucho mas lóbrega en el muro de la ermita, é inmediatamente el infante fué tropezado por un bulto negro.

Era don Lope que acababa de salir, sin reparar, á causa de la oscuridad, en los bultos del rey y del infante, con quien tropezó.

—¡Vive Dios! exclamó este: ¿quién sois?

Y tendiendo la mano, asió un brazo de don Lope, cabalmente el brazo derecho.

—Este hombre tiene el brazo derecho mutilado, dijo el infante.

—Sí, contestó el conde don Lope con voz tonante; me le mutilaron en Alfaro, donde vos debísteis morir conmigo.

Y al decir esto, sacó de debajo de su manto un farol que llevaba escondido, y echándose atrás con un enérgico movimiento de cabeza el capuz, se alumbró el semblante.

—¡Las tumbas arrojan sus cadáveres! exclamó el infante con los cabellos erizados de espanto.

Y sin ser poderoso á otra cosa, dominado por el pavor, huyó.

## VI.

El rey quedó inmóvil, mirando atónito al conde don Lope, á quien no conocia, y que continuaba iluminándose el semblante.

Bajó al fin el farol, le ocultó bajo su manto, y dijo:

—¿No os espantan los aparecidos, señor?

—Al hijo de mi padre no le espantan ni los muertos ni los vivos, contestó valientemente el rey.

—Bien se muestra la sangre de donde venís, dijo el conde; y puesto que nada os espanta, ¿quereis venir á hablar con un alma del otro mundo entre aquellos árboles?

—Sí, dijo el rey.

Y tiró hácia los árboles que don Lope Diaz de Haro le habia indicado, y que dejaban ver su negra masa á alguna distancia.

Los de la escolta del rey le siguieron.

La puerta secreta se habia cerrado por sí misma en el momento en que habia salido el conde don Lope.

